



# Viajes soñados EN BOLIVIA

Nuestra pequeña canoa a motor avanza por el río Ibare como otro ser vivo, sin interrumpir el emocionante concierto de la selva. El día está tibio. Luminoso. Vamos sumidos en el alboroto amazónico, con grandes caimanes dormitando en las orillas que al divisarnos se lanzan al río. Aves solemnes lo cruzan sobre nuestras cabezas, casi danzando, y luego se posan sobre alguna rama como si esperaran el aplauso. No les importa el griterío de muchos monos color chocolate que han convertido un gran árbol vecino en su plaza de juegos.

Todo lo que ahora sucede nos parece raro. Muy raro. Hace un par de horas estábamos en los Andes silenciosos más arriba de los 4 mil metros, en El Alto, sobre la ciudad de La Paz. Y después de un vuelo breve, hasta la ciudad de Trinidad, ahora vamos sobre esta canoa en el Amazonas, sintiendo que nada ha cambiado aquí en millones de años, salvo por nuestra canoa y su tap-tap.

Dejamos atrás Puerto Ballivián, vecino de Trinidad, donde nos embarcamos, y al poco rato ya habíamos divisado nativos yuracarés y mojeños en la inmensidad verde. Algunos son descendientes de esclavos de otros siglos. Varios de ellos nos esperan a bordo del barco Reina de Enín en las aguas del río Mamoré, que recoge aguas en Bolivia para llevarlas al Amazonas a través del Madeira. Pero la inmersión en este entorno de selva se ha hecho tan emocionante que ninguno de los que vamos en la canoa parece tener ganas de llegar al barco. Queremos que se prolongue el deslumbramiento.

Más que un viaje por el río, el flotel Reina de Enín nos promete un viaje de regreso al origen, a las preguntas, a la fascinación de lo secreto. Al temblor ante lo desconocido.

—¿Quiéren ir a pescar pirañas en una laguna del Mamoré? —pregunta Juan, el piloto, que por un momento ha dejado de bromear.

—Depende del riesgo —responde el más prudente. Los demás no sabemos qué decir.

Juan nos explica que no hay riesgo alguno; incluso se puede nadar entre pirañas, salvo que alguien esté herido o sangrando. Las del Amazonas resultan más sabrosas que peligrosas, y eso lo comprobaríamos al día siguiente.

Cuando el sol ya se hundía en las aguas del río Mamoré, divisamos el Reina de Enín, que sería nuestro hotel y medio de navegación durante casi una semana. Su figura de madera nos recordó vagamente a los barcos que hemos visto en el Mississippi. La diferencia es que la parte inferior corresponde a la de un moderno catamarán metálico, de inspiración polinesia, que le permite navegar con libertad gracias a su doble casco. Con todo lo necesario y nada de lo superfluo, el barco promete llevarnos a conocer largos trechos del río; a visitar a los nativos yuracarés, patrones del agua y la selva; a cabalgatas por estancias de la región, y ofrecernos su piscina de redes adheridas al casco para bañarnos en las tardes de sol.

Con una sonrisa infinita nos recibe Jorge Rivera en el portalón del flotel. Junto a él está su mujer, la española Mara Ro-

En una canoa, rodeados por la selva amazónica, vamos al encuentro del Reina de Enín, flotel en el cual alojaremos varios días. Lo que hacemos es nada menos que remontar por nuestros sueños de niños. Y por los sueños de siempre, en busca de un paraíso perdido.

TEXTO Y FOTOS: Luis Alberto Ganderats, DESDE BOLIVIA.



YXXXXXXXX XX XXXXXX XXXXXX XXXX XXXXXXXX XXXXXXXX

mero. Son ellos quienes nos llevan a reconocer el barco que sirve a este "ecology cruiser", como ellos le llaman. Tiene camarotes con baños privados, algunas camas matrimoniales, aire acondicionado y el espacio suficiente para llevar 14 personas en una aventura sin más riesgos que enamorarse de lo que tal vez creíamos un sueño para otros. Las tarifas fluctúan (dependiendo el número de días), entre los 350 y 710 dólares por persona.

Apenas amanece, envueltos en el sonido de la selva, vamos en un pequeño bote a visitar lagunas interiores. Nos detenemos a observar caimanes, a tratar de fotografiar a los furtivos delfines rosados del Amazonas, a probar la comida tradicional de los mojeños: su arroz, su yuca. Nuestros acompañantes son guías imprescindibles en este vecindario tan incierto, donde los ríos cambian de rumbo durante las temporadas de lluvias, y la geografía se transforma como si las aguas fueran un cataclismo. Conducidos por ellos podemos navegar sin titubeo entre bosques inundados. Ellos los recorren como si entre sus genes se ocultara un GPS.

Normalmente el Reina de Enín no hace largos recorridos. Se desenvuelve en kilómetros seleccionados del Mamoré, río que marca buena parte de la frontera entre Bolivia y Brasil. El capitán se preocupa de mostrar con cuidado, en distintas excursiones, lo que hace singular este mundo. Evita zonas portuarias invadidas por pontones y barcazas, y todo aquello que lo distancia de la vida natural de la selva. Tal vez por eso, ninguno de los pasajeros piensa en el regreso. ¿Quién quisiera volver a la ciudad pavimentada, al paisaje inmóvil, a la rutina de las cuarentenas?

## El rey de Enín

Difícilmente existiría el flotel sin este licenciado boliviano, sencillo y culto llamado Jorge Rivera. Es el rey de Enín, nombre que algunos daban a esta región



YXXXXXXXX XX XXXXXX XXXXXX XXXX XXXXXXXX XXXXXXXX

del Beni. Rivera ha sido capaz del milagro de amar su empresa de turismo tanto como la vida silvestre. También ha sido capaz de respetar a los nativos que habitan la región tanto como a los turistas del mundo que llegan a conocerlos. Mano a mano con los yuracarés, habitantes de los bosques ribereños, y también con los mojeños, planifica las visitas, desarrolla proyectos artesanales y da charlas a los pasajeros.

Vamos junto con canadienses, neozelandeses, españoles, norteamericanos. Hablamos sobre los indígenas mojeños —contemporáneos del Tiwanaku— con un mojeño sentado a la mesa. Él nos explica su cultura, su dignidad y las indignidades a que fueron sometidos en épocas que no son remotas, que llegaron a la esclavitud.

Para proteger su territorio, el Reina de Enín embarca regularmente a entusiastas grupos de jóvenes y los lleva a la caza y pesca de plásticos y otras amenazas del ambiente. Lo hace con el patrocinio de una bebida internacional, ayuda que tal vez muchos lugares de Chile agradecerían.

Esta pareja de aventureros-empresarios

no solo han desarrollado el flotel. Nos hablan de su hotel de selva, en la zona tropical de Cochabamba, llamado El Puente, y de otros tres en el Uyuni, el mayor desierto de sal del planeta. Todos estos se hallan unidos por un nombre electrónico sugerente: *Ruta Verde Bolivia.com*. A los anteriores, Ruta Verde Bolivia suma un trozo montañoso del departamento de Santa Cruz, vecino de donde ahora estamos, conocido como Los Volcanes. Al sumarlo a este recorrido amazónico, el viajero habrá conocido un trozo de la Bolivia más sorprendente. Podemos ver el refugio Los Volcanes desde la altura como diminutas piezas de lego sobre el suelo de la selva andina, y luego vivir la extrañísima experiencia de descender hasta ese lugar, y luego vivir y alojar en el interior de las miniaturas...

(De esa experiencia hablaremos líneas abajo.)

Con las opciones de viajes que proponen, Mara y Jorge parecen empeñados en demostrar que Bolivia es, más que "el país del Altiplano", el país del multiplano. Solo cerca de un tercio de su territorio lo forma la planicie andina. Una porción más pequeña es la subandina o de los Valles y

los Yungas, entre los 1.500 y 2.000 metros. En este escenario se hallan la ciudad de Santa Cruz, el Parque Nacional Ambaró y Los Volcanes.

El tercer sector (donde ahora estamos) es de tierra baja y plana; territorio de aguas, selvática, cálida. Se trata de la Amazonía, que ocupa casi el 75 por ciento del territorio de Bolivia.

## Todos somos Mamoré

El segundo día, Juan cumple con su promesa de llevarnos a pescar pirañas. En un pequeño bote a motor navegamos cerca de una hora hacia un lugarejo del Mamoré llamado Villa del Carmen, donde solo vive una familia yuracaré. Es temprano, y alcanzamos a ver asomados algunos capibaras o carpinchos, los mayores roedores del planeta. Tienen el tamaño de un cerdo y cara de cuy, y pasan las noches junto al agua para protegerse de los ataques por sorpresa del jaguar.

Cerca de la embarcación nada un solitario delfín rosado, jugando como niño. Y antes de que el sol bañe totalmente el paisaje, el Amazonas termina de despertar y se llena de energía. Bajo una choza de bambú y paja, en Villa del Carmen, nos protegemos de un largo chaparrón. Juan disfruta la lluvia mientras achica el agua del bote, y luego camina un kilómetro selva adentro para preparar una piragua, en la orilla de una laguna, donde haremos nuestra pesca. Al poco rato regresa para seguir achicando el agua del bote.

Un diluvio anda por la Amazonia. Y cuando ya damos por fracasado nuestro encuentro con las pirañas, debido a la lluvia fría que viene del sur, Juan mira al cielo y anuncia: "En cinco minutos más nos vamos a la piragua".

Lo que parecía imposible sucede. Las nubes dejan de estilar torrentes, vuelven los rayos de sol y nosotros iniciamos la marcha, todavía incrédulos, tras los pies desnudos de Juan.

No se entrega con facilidad al turista esta región del Beni. Su río se alimenta de lluvias torrenciales y entonces da vueltas y vueltas, y cuando el caudal cambia de rumbo, de esos meandros nacen muchas lagunas. Muchas quedan ahí por décadas, por siglos. Llegamos a un espejo de agua repleto de nenúfares floridos, una laguna más gracias al río que va y viene. Hierve de pirañas color salmón. Algunas superan los 25 centímetros de largo. En nuestro grupo aparecen cuatro cañas con carne cruda en los anzuelos, y se inicia una dura competencia de quién es más rápido: la piraña que muerde y traga como hambriento, o nuestra mano inexperta que sube bruscamente la caña al primer tiron. Resultado: cuarenta carnadas que desaparecen en poco rato, y solo una docena de pirañas fuera del agua. Suficientes, sin embargo, para una cena llenadora, de carne con muchas espinas y buen sabor, pero que el condimento de la aventura transforma en el wagyu más delicioso.

Por la noche, en el barco algunos tocan guitarra. Otros nos vamos a observar caimanes. A caimanear. La linterna de Juan descubre fácilmente grandes ojos que se encienden en la oscuridad. Si el caimán no es de gran tamaño, nuestro amigo desembarca entre tinieblas y lo atrapa por sorpresa y así se produce una sobresalta-



YXXXXXXXX XX XXXXXX XXXXXXX XXXX XXXXXXXXXXX XXXXXXXX



da sesión de fotografías. Luego, el animal es devuelto a las aguas del Mamoré, para que siga viviendo su historia sin fin, asustando a los visitantes, y entusiasmado a quienes —por un mandato ancestral— desean ver de cerca este mundo. Porque para esos hombres no es un mundo cualquiera. De él, nuestros remotos abuelos prefirieron emigrar, dejando atrás miles de años de vida primitiva. Pero lo que ocurriera aquí (o en otra selva semejante) pareciera que es memoria que nunca se borra por completo, y cuando pisamos territorios como el del Mamoré sentimos un fuerte tirón de algo sobreviviente en nuestros genes.

Reina de Enín y otros barcos parecen actuar como buques fantasmas. Se nos aparecen para recordarnos lo que somos. Y lo que debemos seguir siendo para salvar la especie y todas las creaturas del planeta.

Más que un simple turismo ecológico y de aventura, lo que aquí nos ofrece Bolivia termina convertida en una inquietante invitación a descubrir el Mamoré que todos llevamos dentro.

**Bajando al Cielo**

No menos perturbador puede ser poner la cabeza sobre la almohada en la casa de huéspedes del refugio Los Volcanes, cerca de Santa Cruz. Desde la puerta de la habitación solo vemos ciclopes. Son empinadas montañas de arenisca roja cubiertas de verde subtropical, que en algunos casos llegan a los mil metros de altura.

En esta parte del territorio, un día se plegaron las capas de la corteza terrestre, y formaron los altos peñones que ahora nos rodean. Están tallados en arenisca roja y arcilla, con vetas de granito.

Aquellos remotos cataclismos terrestres que dieron origen a este entorno de cerros pueden resultar inimaginables para el hombre. No para su cerebro, que es siempre un productor autónomo de sueños y pesadillas. Tal vez por eso, el rutinario acto de poner la cabeza sobre la almohada aquí va acompañado de sensación de cierta extrañeza, aunque todos sabemos que lo ocurrido aquí no fue un cataclismo de días, sino que un proceso geológico de millones de años, que aún no termina; el resultado de la presión tectónica entre nuestra temida placa de Nazca y la masa del llamado Escudo brasileño.

Por lo tanto, si no existieran las pesadillas deberíamos dormir tranquilos en este lugar. Además, aunque se les llame Los Volcanes, aquí no hay erupciones. La cordillera Oriental de los Andes, de la que forma parte no es de origen volcánico. En cambio, la otra vertiente andina, la cordillera Occidental, sí surgió de erupciones, y por eso muestra su extensa línea de conos, la mayoría inactivos. En el centro de ambas cordilleras se encuentra el Altiplano, el Titicaca, los salares, por donde ha vuelto a pasar, desde mayo, el centenario tren de Arica a La Paz.

Hemos llegado a Santa Cruz desde la amazónica ciudad de Trinidad —distante 375 kilómetros— con un pasaje de bus que cuesta 35 dólares, mientras otros lo hacen con vuelos que unen a ambas ciudades. Hay muchas formas de admirar



YXXXXXXXX XX XXXXXX XXXXXXX XXXX XXXXXXXXXXX XXXXXXXX



YXXXXXXXX XX XXXXXX XXXXXXX XXXX XXXXXXXXXXX XXXXXXXX



YXXXXXXXX XX XXXXXX XXXXXXX XXXX XXXXXXXXXXX XXXXXXXX

Los Volcanes. Una de ellas es desde una avioneta de Santa Cruz que sobrevuela la zona. Al fondo de su impresionante ronda de montañas pudimos ver algunas casitas con techos de tejas en las orillas de un mínimo prado amarillento. Y al acercarnos, las casitas se hicieron casonas. Se trata, sin embargo, de un espacio turístico minúsculo comparado con el parque nacional vecino, que tiene el tamaño de 27 islas de Pascua: el Amboró.

Otra forma de descubrir Los Volcanes es saliendo por tierra y cubrir una distancia como la de Santiago a Rancagua. A medida que avanzamos por un camino señalizado, el paisaje se va tupiendo de colinas y luego de macizas montañas andinas. En nuestra primera visita, el recorrido concluyó ante una puerta protegida por gruesos candados. Desde ese lugar tuvimos que bajar casi 500 metros por un pedregoso sendero-tirabuzón por el cual sólo son capaces de trepar los 4x4 de verdad, no los vehículos hechos para brillar en salones del automóvil.

Albert Schwiening, el anterior propietario de Los Volcanes, un agrónomo alemán refinado y aventurero, inventó una forma para que los visitantes anunciaran su presencia al llegar a la puerta con candados: debíamos llegar provistos de un petardo que, al ser encendido, retumbara como trueno entre las montañas. Entonces él montaba en su desvencijado Suzuki Samurai y trepaba hasta la altura para recibir a los visitantes. Así lo conocimos.

Como se ve, para llegar a este Paraíso no hay que elevarse, sino meterse casi en las entrañas de la Tierra. El cielo, gracias a Schwiening, ocupa aquí el lugar que el infierno reclama como propio. El refugio

entrega un buen servicio hotelero, simple y eficaz, y propone una extensa red de excursiones seguras, con guías entrenados. Se avanza entre mariposas grandes como pájaros, escuchando el cantar de loros, tojos y ranas, y el correr del agua, que forma pozas transparentes, las piscinas del buen viajero. Y para tener algo más de paraíso, Los Volcanes ha hecho una renuncia extrema: no hay teléfonos. Tampoco Internet.

Hoy este refugio tiene nuevo dueño, pero al poner la cabeza sobre la almohada la extrañeza sigue siendo la misma. Si ya no está el alemán Schwiening, ¿con quién entenderse? En Santa Cruz, María Eugenia Oliva, de *Ruta Verde Bolivia.com*, maneja hoy la llave de este cielo de montaña. Y se preocupa especialmente de los que ya estuvieron en el Amazonas y quieren descender a Los Volcanes, o viceversa.

Viajeros de todo el mundo pasan en el refugio dos o tres días, y un par de noches. Siguen por los bellos pueblos del área: Comarapa, Buena Vista, Samaipata... Recorren el parque Amboró, principalmente sus bosques de helechos descomunales, y hacen cabalgatas acompañados de guías. Algunos llegan con grandes cámaras, listos para enfrentar al oso andino y al jaguar, que a veces se dejan ver.

Muchos sienten el llamado de la selva y parten al Amazonas. Duermen en bellas cabañas de Puerto Ballivián. Y luego salen al encuentro del Reina de Enín en una canoa que avanzará por el río como otro ser vivo, sin interrumpir el emocionante concierto de la selva, como nos ocurriera a nosotros. Y como viene ocurriendo desde los días remotos que la memoria ya ha extraviado. ■